



REVISTA DEL ÁREA DE CIENCIAS SOCIALES DEL CIFYH

ISSN 2618-4281 / Nº 12 - Año 2023 / revistas.unc.edu.ar/index.php/etcetera/

#ENSAYANDO

El amor es lo que arde con palabras

Mgtr. César Ruíz Galicia

alanruizgalicia@gmail.com

Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente
Universidad Jesuítica de Guadalajara
Guadalajara – México

CORRECCIÓN LITERARIA
Amaya Andonaegui Rosell

Recibido: 7 de junio de 2023



Copyright © 2018 Etcétera. Revista del Área de Ciencias Sociales del CIFYH está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.



El amor es lo que arde con palabras

CÉSAR RUÍZ GALICIA

Hoy estuve pensando mucho en ti, amor [19:45:06]

Yo también :) [19:46:17]

Estoy muy contento de que te veré el viernes [19:47:02]

Yo también tengo muchas ganas de verte, necesito estar contigo ya ya ya. No
tocarte me da síndrome de abstinencia [19:47:26]

Uffff me siento igual amor [19:47:54]

Te amo <3 [19:48:58]

Yo a ti [19:49:19]

Ella y yo vivimos en ciudades distintas. Las personas a mi alrededor dicen que es un “amor de lejos”. Me parece una etiqueta estúpida, o en todo caso, redundante: el amor siempre es una distancia cierta, que se abre y se zanja. Es un alejarse y un volver, un marcharse y un retornar, un no-estar que esculpe la medida del estar, y un estar que urde los laberintos de una nueva separación. Sin distancia, el amor se marchita, porque los amantes necesitan ganar una novedad para ofrecer al otro. Hace falta que quienes aman vivan el mundo, cada uno por su cuenta, para obtener una historia que contar al otro. Por supuesto que pueden vivir experiencias compartidas, vivencias comunes. Pero incluso una misma situación se procesa de modo distinto, de manera que la regla se sostiene: quienes no se alejan, no pueden

acercarse, quienes no viven de manera autónoma, no tienen una historia que servir en la mesa. El "amor de lejos" no existe, como tampoco el "amor de cerca". Lo que existe es el amor.

Yo creo que la distancia es el pulmón del amor, y el amor, el ritmo del encuentro. El encuentro, un cobijo frente a la intemperie.

Aguardo la vibración sagrada de mi teléfono. Espero que sea ella: al escribirme, me elige, porque de todas las personas del mundo, lejanas y cercanas, quiere compartir algo conmigo. Me siento dichoso. Estoy "presente" en su vida cotidiana. Ella y yo podemos introducirnos a hurtadillas en la vida del otro, sin que las personas a nuestro alrededor se enteren de que estamos juntos.

3

¿Cómo va tu día, amor? [11:27:34]

Bien, pero estoy en junta. Está aburridísima. Seguimos dando vueltas a cosas sin sentido, pero te mando audio saliendo para contarte el chisme. Te amo [11:35:48]

Vale. Acá todo tranquilo en la oficina, aunque necesito mucho café: ayer no dormí bien. Suerte en la reunión. Te amo [11:36:51]

¿Y por qué no dormiste bien? ¿Qué pasó? [11:37:34]

Luego te cuento. Pon atención a tu reunión para que no te pierdas nada. Te amo [11:39:49]

Los dedos bailan un tap frenético en el teclado. Para la gente alrededor, tuvimos una pequeña distracción en el teléfono, una descortesía. Para nosotros, estamos juntos. Nos invocamos a placer y nos acompañamos en sitios inesperados, nos aconsejamos y cuidamos en tiempo real. Pero esto no pasa solo entre ella y yo,



porque vivimos una era expandida en la que una legión de compañeros de viaje, guías y afectos pueden acudir a nuestro llamado y ofrecernos asistencia al momento. Pocas veces pensamos en la vida revolucionada que llevamos, ni en que la mensajería instantánea es un sueño cumplido que no hemos terminado de sopesar. Todavía estamos lejos de una interfaz ideal, sin infidelidades ni interferencias, pero respecto a nuestros padres, vivimos una experiencia vertiginosa. No por ello dejamos de presentir, secretamente, que las próximas generaciones nos voltearán a ver como los habitantes de una pintoresca edad de piedra. Pero esto es lo que hoy vivimos: nos tenemos en la punta de los dedos.

Nos enviamos fotos, stickers, videos, emojis, gifs, audios, textos, memes, enlaces, libros, artículos, noticias. Nuestra conversación es una línea del tiempo marcada por las huellas de un potlatch digital, que produce una materialidad a la cual remitirnos. El historial de nuestras charlas puede ser explorado a través del registro de los objetos digitales que hemos intercambiado. Se puede hacer una arqueología de cómo se originó y cómo se transforma nuestra relación a partir de las inscripciones en el muro de nuestro diálogo afectivo. Puedo saber, por ejemplo, cuándo fue la primera vez que ella me escribió que me ama, o ir al momento en que nos hicimos confesiones dolorosas que fortalecieron nuestro vínculo. Las plataformas que usamos nos han permitido crear un multi-archivo abierto y vivo sobre el presente continuo de nuestra relación.

4

De la baraja de opciones que tenemos, mandarnos audios es la forma que preferimos para comunicarnos. La audiocorrespondencia permite que podamos enviarnos cartas sonoras y postales acústicas que nos unen. Cuando ella termina su trabajo, por ejemplo, la escucho contarme su día mientras camina por una avenida muy transitada, y como trasfondo a su voz puedo distinguir el ruido del tráfico, el pregón de los vendedores callejeros, las conversaciones al vuelo de la gente con la que se atraviesa al azar, el cambio de escenario al pasar la puerta de su edificio, el



sonido de sus pasos al subir las escaleras hasta su departamento, la aceleración de su respiración por el esfuerzo físico, el repiqueteo de las llaves. La conversación me permite acompañarla hasta su habitación, donde ella se tiende sobre la cama, haciendo mugir los resortes del colchón. Entonces suspira, y yo con ella.

Nuestros audios son un podcast íntimo, con duraciones y temáticas que van de una Ted Talk personalizada, pasando por la radionovela, el audiolibro de aventuras, el recital poético o un discurso político de larga duración. Producimos una conversación con las fronteras diluidas, sin tiempo ni asuntos definidos, y en esa libertad nos invita a seducirnos. Cuando aprendimos, que la voz nos acaricia, empezamos a amarnos a través de la escucha: se abrió la posibilidad de producir *porncast* para acompañar el placer del otro, creamos una gramática propia al sextearnos, y conformamos, en nuestros encuentros físicos, un mundo de experiencias que se expande cuando recapitulamos los placeres que compartimos, lo que nos devuelve al disfrute de nuestras experiencias, las enriquece y nos dispone a futuros goces.

Al principio, hacer uso de los audios era una forma de sazonar el amor, a fuego lento, para *sustituir* la presencia y reforzar el placer del encuentro físico, anclados a la sensación de que la plenitud solo es vivida con la presencia. Sin embargo, hemos creado una complicidad en la que nuestros intercambios digitales no son solo la preparación del amor por realizarse, sino el amor mismo realizándose. La ausencia ha dejado de ser un problema, o por lo menos dejó de ser trabajosa, porque podemos construir una presencia que no se sostiene solamente en la proximidad física. Descubrimos que el amor es un hilo que anudamos cotidianamente, y que podemos experimentar sus goces sin tener como punto de partida la falta o postergación del contacto físico. Y esta idea no es una propuesta teórica, sino algo que realmente nos ocurre: no escribo como quien pretende consolarse o proponer una hipótesis, sino como un periodista que reporta su experiencia al filo de los sucesos.



Amor, estoy cansado, voy a dormir. Supongo que sigues en la fiesta. Disfruta
[23:38:34]

¿Amor? ¿Cómo va la fiesta? [23:57:29]

¿Todo bien? :([00:35:08]

¿Puedes responder en un espacio que tengas? [00:42:19]

No puedo dormir, avísame que llegas bien, solo te pido eso [01:27:34]

... [02:01:34]

El silencio. Una hemorragia de datos sin respuesta. No hay un dedo que reaccione mínimamente del otro lado. Me visita la angustia, el miedo al abandono. En los tiempos muertos de nuestras interacciones, mi imaginación me juega en contra, proyectando películas de drama y terror en las que ella está con alguien más, mientras que yo me obligo a ser testigo impotente ante esas imágenes que tal vez sean fantasiosas pero aun así punzantes. Me pasa lo que al protagonista de *La Naranja Mecánica*: lo que veo me tortura. En mi cine interno, ella está compartiéndose con alguien más inteligente, más atractivo, más gracioso que yo. La imagino riendo a carcajada limpia, mientras que alguien le toma de la mano: él es mejor amante, más solícito y seductor que yo. Me reprocho por no estar ahí, por vivir lejos de ella. Recapitulo todos los escenarios en los que pude ser mejor pareja. Me torturo fantaseando con las maneras en que pude ofrecerle algo tan bueno como para que ella no considere a nadie más. Descubro, dolorosamente, que lo que realmente quiero hacer es controlar lo que hace: en mi petición de que “se reporte” o “me avise” sobre su noche hay un genuino interés por su seguridad, pero también identifico una ansiedad, el deseo de recolectar elementos para reconstruir, como un detective desdichado, la consistencia de su relato. Así es como voy uniendo piezas para crear una verdad a la medida de mi destrucción.

Con el tiempo he aprendido a lidiar con los silencios a través de convertirme en el guardián de la autonomía de quien amo. Entiendo que ella es libre, como la vida.



Obra, evidentemente, sin mi participación. No la controlo: va y viene por sus propios caminos. Ella me recuerda que no soy dueño de nada: no tengo posesión alguna. La posesión es lo que a los seres humanos nos da peso en esta tierra, ante el pánico de la nada, pero no hay algo que podamos ganar hoy que no corramos el peligro de perder mañana. Yo, por lo demás, no tengo otro bien que mi pulso, que además se cortará en un punto: soy un destello, voy de paso, y como todos los demás, quedaré borrado más tarde o más temprano. Por eso me importa ser recordado por quienes amo, y yo recordarles: eso también se perderá, pero existió. Fue. Y la historia del universo entero, sin el más diminuto de sus fragmentos, no puede considerarse completa: sería una infinita esfera despostillada sin mí y sin ella, que cada tanto nos abrazamos desnudos sobre una cama, en un rincón caluroso del cosmos, no importa cuándo, no importa dónde, no importa por qué. Lo que me ancla al mundo es la figura formada por ambos cuerpos en una habitación, que, desde una vista aérea, encaja en el rompecabezas del infinito. Y eso tampoco es mío, porque es nuestro: somos los dos, latiendo de forma anónima, en una esquina cercana al Pacífico. Nada me pertenece, en singular, porque incluso esta imagen mía es compartida por ella: nada es mío, todo es nuestro.

Nada es mío, todo es nuestro.

Nada es mío...

todo es nuestro.

No me he convertido en un ser de luz, ni he trascendido los celos. Soy carne y soy hueso en busca de vivir, de una nueva manera, una misma condición: que las personas somos independientes, que el amor es un plebiscito cotidiano, que la seducción es una tarea permanente. Descubro a través de mis palabras mi propia filosofía: sé que soy un hombre y que mi oficio es la incertidumbre.

Pasamos el día *texteando*. Respecto al sonido o la imagen, la palabra escrita tiene las ventajas de que puede ser meditada, puesto que la respuesta no tiene que ser instantánea. También es más estructurada, porque al redactar nos obligamos a ordenar nuestras ideas para ponerlas en palabras. Por lo demás, los mensajes de texto se pueden editar o borrar, si nos arrepentimos de lo dicho o queremos agregar un matiz. En caso de un disgusto, gestionar el conflicto a través del texto ayuda a procesar las emociones de una manera más distendida, a diferencia de una llamada, en que la inmediatez oral impide explorar lo que sentimos –además de que los tonos e inflexiones de la voz adquieren un papel crucial–, o en un video cara a cara, en donde cada gesto adquiere mucha importancia.

Textear el amor tiene ventajas, pero también supone retos curiosos. Por ejemplo, yo temía que escribir “te amo” constantemente pudiera gastar la frase, como si repetirla la condenara a ser trivial. Me entristecía pensar que, al normalizarla, podía perder su capacidad de ser la contraseña de un momento sagrado y de comunión, para pasar a convertirse en una muletilla de cortesía, como decir “me pasas aquella cosa *por favor*” o “yo estoy bien, *gracias*”. Y no es que pensara que los “te amo” deban administrarse cuidadosamente, por ser la cima de lo expresable, como si la magia que le atribuimos se conservara mejor cuando solo la decimos en momentos románticos de postal, como en una cena a la luz de las velas, o bien en un hospital en el momento previo a una operación que supone cierto peligro. En realidad, mi preocupación era más práctica: “Si le digo que la amo hoy, ¿cómo puedo superarme en el futuro, cuando la ame más o mi amor sea mejor? ¿Deberé de hacer uso de recursos rastreros como “te amo *muchísimo*”, “te amo *demasiado*”, “te amo *muy profundo*”, “te amo *infinito*”, “te amo *re contra infinito*”, “te amo *hasta el confín de los fines y al fondo de todos los fondos*”?

Mi conclusión personal es que la frase “te amo” no pierde sentido con la repetición, sino que el contexto define su importancia: cada situación propone un tono en que se pronuncia. Por ejemplo, un *te amo* escrito en la víspera de reencontrarnos, luego de semanas de espera, se siente como el dulce alivio a un monótono malestar. Recibir un mensaje de *te amo*, al despertar cada mañana, lo siento como abrir los ojos por una leve caricia en la mejilla. Cuando me escribe *te amo* luego de que le he



confesado algún dolor o angustia enquistados en mi corazón, siento que ella me rodea con brazos de palabras. Lo que quiero decir es, simplemente, que ningún *te amo* es igual para quien realmente ama.

Oye...te amo [20:54:39]

...te amo también, pero... tenemos que hablar [20:59:04]

¡Estamos hablando! Ya sé lo que me quieres decir: que la distancia cuesta mucho, que hay momentos en los que no conectamos por nuestras actividades, que hay muchas cosas que podemos mejorar, pero yo quiero estar contigo [21:00:58]

No es eso. Hay cosas que no están funcionando, cosas que necesitamos... discutir con claridad y honestidad [21:03:27]

No me asustes. ¿Quieres hablar por aquí o en persona? [21:05:27]

Mmmmm... puede ser por aquí... ¿sabes? Es que últimamente siento que todo lo que nos esforzamos para que esto funcione va perdiendo sentido [21:10:37]

... [21:11:02]

es muy difícil sostener algo así [22:43:55]

vivo en dos ciudades a la vez, es muy cansado [23:33:02]

no es fácil para mí, me siento rota [00:47:33]



no digas eso, me lastimas [01:11:08]

lo creas o no, te amo [03:14:29]

... [04:35:03]

Bloqueaste a este contacto. Pulsa para desbloquear.

Sobre el autor

CÉSAR RUÍZ GALICIA es Licenciado en Ciencia Política por la Universidad Autónoma Metropolitana, Licenciado en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México, y Maestro en Periodismo sobre Políticas Públicas por el Centro de Investigación y Docencia Económicas, en México. Autor de *Yo Soy 132. Inventario personal* (2018). Ha publicado artículos en medios nacionales (La Jornada, Sin Embargo, entre otros) e internacionales (Vice, MO, Americas Program, Anuario del Conflicto Social, entre otros). Fundador y director editorial del medio digital *Tercera Vía*. Ganador del *Concurso de Ensayo Aniversario 2020* de la Revista Zócalo. En 2021 obtuvo el *Premio Nacional de Periodismo*. Actualmente es profesor de tiempo completo en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente en la Universidad Jesuita de Guadalajara.